

GABRIEL ZAID

UNA DECLARACIÓN DESCONOCIDA

DE LÓPEZ VELARDE

No estoy capacitado para juzgar si nos conviene entrar a la guerra. Pero abrigó la convicción de que nuestro partido debe ser el de los aliados. Porque con ellos tenemos casi todos nuestros vínculos morales, mentales y materiales. Si alguno de estos vínculos nos pesa demasiado, parece que vale más buscarle nivel que pretender cortarlo con una tijera imposible. Trasladada la cuestión de lo patriótico a lo humano, yo veré en la victoria a los aliados, en la cual creo, un paso más en la lucha desigual contra las potestades impersonales y grises de lo feo, de lo beocio y de lo malo. No puedo adherirme al proyecto de convertir el misterio de cada hombre en un alma reclusa, aséptica, patentada, registrada y homicida.

LA DECLARACIÓN ANTERIOR apareció en *El Universal* del 20 de junio de 1917 y no está recogida en ninguna parte. Fue entregada para una encuesta, a la cual respondieron 24 personalidades del mundo cultural. Apareció con una errata: *becio*, que tomo por *beocio*, aunque puede ser *neocio*. Está presentada con estas palabras:

El delicado poeta autor de "Sangre Devota", y que tiene en sus miradas el espejismo de la provincias, me dio por escrito sus opiniones, que son las siguientes.

Hace años descubrí la pista, pero no la seguí hasta hace poco, después de publicar erróneamente en *Vuelta* 110 que López Velarde había dejado la pluma política en 1913. Esta declaración rompe su silencio político, y de manera extraña: contra la política oficial (la neutralidad) del gobierno de Carranza, para el cual trabajó. Lo que sigue es una especie de reconstrucción de los hechos.

1. LÓPEZ VELARDE Y REYES

López Velarde y Reyes fueron abogados, casi de la misma edad, provincianos en la ruta del norte, poetas y prosistas con admiraciones comunes (Francia y Othón), que al parecer no llegaron a conocerse, aunque se leyeron, sin entender qué buscaba el otro y por qué era importante. López Velarde buscaba hacia adentro y desde afuera parecía un payo tieso, inseguro, ambicioso. Reyes buscaba hacia afuera, y parecía no tener dentro: mostraba siempre la seguridad de un

hombre de letras y de mundo. López Velarde vivió un proceso alquímico, atormentado, de trasmutación y búsqueda de sí mismo, de su posible mujer, de su lenguaje, de su patria, que Reyes no entendió. A la misma edad, Reyes era de una superioridad aplastante: todos los dones eran suyos, casi desde la cuna; había leído todos los libros, conocía a todo el mundo, publicaba en el extranjero, era hijo de un general que parecía destinado a gobernar el país, después de Nuevo León. Reyes se aceptaba con naturalidad, con gracia, con malicia, como heredero de la grandeza universal.

Los dos vieron frustradas sus ambiciones juveniles de distintas maneras, y en bandos contrarios. López Velarde fue maderista con mala suerte y luego carrancista con mala suerte. Reyes, naturalmente, fue reyista, también con mala suerte: se fue del país, huérfano después del fallido golpe militar de su padre contra Madero. López Velarde, que había perdido a su padre cinco años antes, perdió también a dos figuras paternas que hubieran podido apoyarlo: los presidentes Madero y Carranza, muertos trágicamente, como el posible presidente Reyes. En 1920, cuando Carranza pierde el poder y la vida (y López Velarde su empleo y esperanzas como ayudante del secretario de gobernación), López Velarde queda por tercera vez en la orfandad. Para entonces, Reyes iba esperando la suya: se había hecho un nombre en París y en Madrid; escribía maravillosamente, y en octubre de ese año publicó *El plano oblicuo*. Más tardó el libro en llegar a México (un par de meses), que López Velarde en celebrarlo insidiosamente:

Mucho se ha hablado de las capacidades para la prosa en relación con la vocación para la poesía. Lo cierto es que no se puede suscribir una regla terminante. Si vemos grandes poetas aptos para la prosa (Díaz Mirón, por ejemplo), en otros no ocurre igual. Lo que sí parece comprobarse es que cuando el poeta sobresale por su disciplina netamente artística, su prosa descuella. Tal es el caso de Reyes, por más que lo prefiramos, en definitiva, fuera de la lírica.

Tampoco Reyes comprendió qué estaba haciendo López Velarde. A los veinte años de su muerte (1941), declara no entender qué le veían: "arte aldeano y arte complicado, y en quien hoy la joven crítica busca

muchos secretos, conquistó la fama de una vez con una sola poesía: *La suave patria*." (*Obras* XII 269).

López Velarde no existía para Reyes, para Pedro Henríquez Ureña, ni para el mundo cultural que bajaban en su *Correspondencia de 1907-1914*. Los índices y las notas, en la admirable edición de José Luis Martínez, son un inmenso directorio, donde López Velarde no figura más que como nota al pie del editor. Cuando Henríquez Ureña (carta del 29 X 13) reconstruye la sucesión de poetas dominantes (el primer Díaz Mirón, de 1885 a 1890; Gutiérrez Nájera, entre 1890 y 1900; el Díaz Mirón de *Lasca*s, después de su muerte; Urbina hacia 1910; ahora estamos en la moda de González Martínez), se pregunta: "¿Cuando acaba González Martínez, quién podrá entrar? Acevedo piensa que volverá Urbina. No hay nuevo poeta."

Seguramente a Reyes le dolió que Henríquez no lo viera como el posible sucesor (omisión reparada ocho meses después: "tú debes ser quien sustituya a González Martínez", 6 VIII 14). Seguramente nunca se consoló de lo que entonces ni se imaginaban: que López Velarde, un perfecto desconocido de su edad (un año mayor que Reyes, cuatro menor que Henríquez), fuera el sucesor. Todavía en 1916, cuando Julio Torri escribe una brevísima reseña de *La sangre devota* en el único número de *La Nave*, diciendo que "López Velarde es nuestro poeta de mañana, como lo es González Martínez de hoy", Henríquez Ureña se extraña: "Este señor López Velarde, ¿es realmente el poeta de mañana? Lo que he leído de él no me parece bastante personal: hallo que recuerda a otros, y además de esto, no tiene gusto depurado. ¿Por qué no haces que me mande su libro? Quiero conocerlo." (Serge I. Zaïtzeff, "Otras cartas inéditas de Pedro Henríquez Ureña a Julio Torri", *sábado*, principios de 1985). Años después, lo reconoció: "En 1922, la influencia de González Martínez cedía ante la de Ramón López Velarde", "tras él ha ido buena parte de la legión juvenil" (*Obra crítica*, pp. 327, 616).

La mala suerte política de López Velarde terminó en el momento de su muerte. Unas horas después, le hizo justicia la Revolución. Al general Obregón, que hizo versos y tenía una capacidad legendaria para repetir de memoria versos que había escuchado una sola vez (y que acababa de tirar a Carranza, y así a su secretario de gobernación, y así a López Velarde) le dio por consagrarlo. Cuenta Djed Bórquez (en el prólogo de *El son del corazón*):

Esa mañana, al leer la noticia, voy a Chapultepec. Acompaño al general Obregón (Presidente de la República) en su paseo matinal por el bosque.

—Ha muerto un gran poeta —le digo. Y le cuento de Ramón y le recito sus versos, que impresionan al poeta que existía en Obregón.

Al mediodía, en la Universidad, Vasconcelos llega alborozado:

—¡Qué gran presidente tenemos! —dice. Acabo de hablarle de López Velarde y me recitó sus versos.

—Hágale suntuoso entierro, por cuenta del gobierno —había ordenado el invencible Manco.

Ante la alegría del Rector, yo sólo recordé las poesías

lópez-velardescas que acababa de recitar y la formidable memoria del general Obregón.

Esa consagración política trasmutó en gloria nacional la buena recepción crítica de su obra: primero de Tablada, luego de Torri y finalmente del equipo de jóvenes colaboradores de Vasconcelos, después llamados los Contemporáneos. Cuando Reyes dice: "conquistó la fama de una vez con una sola poesía", calla discretamente la importancia que tuvo la recepción no literaria de esa "poesía", publicada por el joven poeta en el momento de morir, en un medio de gran circulación y con la resonancia del "suntuoso entierro" y el luto de tres días en las cámaras legislativas. Para la cultura oficial, López Velarde se volvió un niño héroe del arte nacional, caído en el combate desde las cimas de Chapultepec, envuelto en *La Suave Patria*.

En cambio, Reyes era un apestado, hijo de su padre y hermano de su hermano, que se fue del país con una chambita diplomática concedida por los huertistas, que buscó el reconocimiento extranjero y se mantuvo a distancia de los recién llegados al presupuesto cultural en México. Los Contemporáneos, que objetivamente fueron más discípulos de Reyes que de López Velarde (y que después fueron acusados, como Reyes, de cosmopolitismo reaccionario), se sumaron al nacionalismo revolucionario que consagró a López Velarde.

Quizá Reyes sintió que había perdido la corona de laurel injustamente, como su padre había perdido la sucesión presidencial. Pero no intentó hacerse justicia, como su padre. Ni se sumó a la cargada revolucionaria, ni la combatió. Sus reservas fueron públicas, pero discretas. Tan discretas, que nadie las había señalado hasta que José Emilio Pacheco publicó una extraordinaria "Nota sobre una enemistad literaria: Reyes y López Velarde" (*Texto Crítico* 2, pp. 153-159). Lo más sorprendente es una sátira cuya víctima es obvia (una vez que Pacheco la señala). En 1953, Reyes publicó en *Árbol de pólvora* (libro no reeditado del que tal vez se arrepintió: se dijo que lo había retirado de circulación) una fantasía titulada (para que no haya dudas) "Venganza literaria", donde llama a López Velarde: poeta de campanario. La venganza parece dirigida a una figura compuesta de varias, entre las cuales, si se quiere, puede verse a un lopezvelardiano más que a López Velarde. Pero la ráfaga tiene una dirección muy clara:

Yo, que sentía la necesidad de crear absurdos, lo alcancé por el cuello, lo enjerté en los poetas de campanario, y me puse a cosechar, en mi nuevo árbol evolutivo, primaveras almidonadas en faldas de percal y servilletas duras como cartones, del tiempo de Don Simón.

Así, así me las pagarán todas esos del Angelus, esos del Toque de Queda, esos de las muchachas de la rejeta, esos de las virtudes aldeanas, esos del incienso de la parroquia, esos de las tardes de la granja, las veladas de la quinta y hasta don Catrín el Calavera: poetas pepitos, poetas rotos, para decirlo a la mexicana. Traen ruidos los traseros del alma y lo andan tapando como pueden, y dicen que es por meditabundos y por pasear

manos a la espalda. Y los dejé convertidos en papel de moscas, olor de sín-sín, aguaflores barata, mucílago y panal de América en dulzor de pegajosas pepitorias. ¡Fuchi!

A raíz del artículo de Pacheco, busqué en los índices de las obras de Reyes y López Velarde las referencias de uno al otro. (Paréntesis práctico: en el caso de Reyes, hay que buscar tomo por tomo, y son veintinueve. Habría que consolidar los índices en una sola serie, en un tomo aparte, como llave de las obras completas.)

Así encontré la pista que me llevó a *El Universal*. En agosto de 1917, en Madrid, Reyes escribió un artículo para el *Bulletin de l'Amérique Latine* de París: "La intelectualidad mexicana y la guerra europea". Se quedó inédito en español, hasta que lo incluyó en las *Páginas adicionales* de sus *Obras*, VII (1968, pp 476-478). El primer párrafo dice:

El Universal, diario de México, publica en su número del 20 de junio de 1917 las opiniones de los intelectuales mexicanos sobre la conveniencia de que México intervenga en la guerra europea. Todas las opiniones se inclinan en favor de los aliados.

Reyes menciona al "joven poeta" Ramón López Velarde entre los entrevistados cuyas declaraciones no comenta. Y hasta lo critica (como a otros), sin mencionarlo, en estas líneas:

Algunos, hipnotizados por lo apremiante del actual problema mexicano, procuran dar a sus juicios cierta apariencia de frialdad, y parecen inferir su actitud, favorable a los aliados, de consideraciones meramente interamericanas. Pero en el fondo, a la mayoría, y a los jóvenes sobre todo, los inspira a un desinteresado amor a Francia.

2. EL UNIVERSAL: CIVILES CONTRA MILITARES

Busqué *El Universal* y encontré la encuesta, que era todo un campanazo, evidentemente preparado. Ocupa íntegramente la primera plana (y casi toda la tercera), con un titular a ocho columnas en color (amarillo, naturalmente) y enmarcado: "Conviene a los intereses de México romper sus relaciones con Alemania." Luego, también a ocho columnas: "Los literatos, filósofos, artistas y periodistas mexicanos hablan en contra de la neutralidad."

Conviene recordar que, hasta principios de 1917, los Estados Unidos se habían mantenido oficialmente neutrales en la guerra europea, aunque simpatizaban con los aliados; y que el imperio alemán trató de prolongar esa neutralidad con una distracción: embrollando el conflicto con México, también neutral, y entonces humillado por la expedición punitiva del general Pershing. Arthur Zimmerman, secretario de negocios extranjeros del káiser Guillermo II, hizo a México una oferta sensacional: ayudarlo a recuperar por las armas los territorios perdidos de Texas, Nuevo México y Arizona. Pero el telegrama de Zimmerman, interceptado por los ingleses, resultó contraproducente:

les sirvió a los aliados para convencer al presidente Wilson de intervenir a su favor. Lo cual tuvo el efecto previsto por los alemanes, en sentido contrario: Wilson evitó la distracción llevándose a Pershing para encabezar ahora la expedición contra Alemania, reconoció *de jure* al gobierno de Carranza (lo había reconocido *de facto*) y le consiguió un crédito de 250 millones de dólares. A pesar de lo cual, Carranza se negó a romper la neutralidad.

Esto quiere decir que López Velarde, como casi todos los entrevistados, hizo declaraciones contrarias a la política oficial. Lo cual se siente en el tono de muchas respuestas, que empiezan por carraspeos nerviosos. Antonio Caso, por ejemplo, dice no tener datos suficientes para dar un juicio; que el problema debe "meditarse teniendo en consideración datos que solamente puede conocer el gobierno de la república." Y así, con titubeos, porque se están metiendo con los generales (cuando los generales dominan la vida nacional), se expresan Luis Alva, Rafael Cabrera, Rubén M. Campos, Antonio Caso, Luis Castillo Ledón, Arturo Cisneros, José Cuéllar, Luis Coyula, Alfonso Cravioto, Marcelino Dávalos, Arnulfo Domínguez Bello, Jorge Enciso, Enrique Fernández Granados, José D. Frías, Luis González Obregón, Carlos González Peña, Saturnino Herrán, Rafael López, Ramón López Velarde, Manuel Mestre Ghigliazza, Efrén Rebollo, Manuel G. Revilla, Hipólito Seijas, Julio Torri.

La encuesta tiene algo de confesión arrancada y hasta manipulada, porque, si bien es cierto que prácticamente todos están a favor de los aliados, no es cierto que todos estén a favor de romper con Alemania, como *El Universal* quería que declararan, y lo anuncia el encabezado amarillo. La encuesta logra que se exprese públicamente un sentir del público lector que no reflejaba en la vida pública: ni en la actitud oficial, ni en muchas publicaciones gubernistas, ya no digamos germanófilas. ¿Cómo explicar esta audacia de *El Universal*, que acababa de fundar Félix F. Palavicini, hasta ocho meses antes ministro de instrucción pública y bellas artes de Carranza?

El campanazo de *El Universal* no tuvo efecto en la política exterior, y sirvió más bien para que lo acusaran de vendido a Washington. Mi curiosidad inicial (por un texto desconocido de López Velarde; por un posible alfilerazo de Reyes, que se anticipa al de López Velarde; por una disidencia de López Velarde con el régimen para el cual trabajó) me llevó a otra. ¿A qué jugaba *El Universal*? Así descubrí un personaje interesantísimo, poco valorado, porque en la historia de la cultura no suele reconocerse el papel de los empresarios culturales.

El ingeniero Félix F. (Fulgencio) Palavicini, cuyos editoriales radiofónicos alcancé a escuchar de niño en Monterrey ("Hasta aquí hoy. Continuaré mañana."), nació en Teapa, Tabasco, el 31 de marzo de 1881 y murió en la ciudad de México en 1952. Hijo de viuda, trabajó como carpintero. Sacó el título de ingeniero topógrafo en Villahermosa, donde fundó su primer periódico: *El Precursor*. En México fue profesor de trabajos manuales en la escuela anexa a la Normal, comisionado por Justo Sierra para estudiar la ense-

nianza técnica en el extranjero (1907) y por eso autor de *Las escuelas técnicas en Francia, Bélgica, Suiza, Italia y Japón*. Fundó *El Partido Republicano* (1908), que combatió la reelección. Fue secretario del Centro Antirreeleccionista (1909), acompañó a Madero en su primera gira y dirigió *El Antirreeleccionista*, después de Vasconcelos, convirtiéndolo en diario. (No tengo mayores datos de esta sucesión, que puede estar en el origen de las diatribas de Vasconcelos contra Palavicini, seguramente exacerbadas porque Palavicini llegó a ser prominente carrancista.)

Al triunfo de la revolución, fue diputado por Tabasco (feroz, según López Velarde que, a propósito del temblor del 19 de noviembre de 1912, escribió que "Hasta los partidarios del feroz guillotinator Palavicini sentían derretirseles el corazón"). Sus principales iniciativas fueron laborales: pagos en efectivo y supresión de tiendas de raya, reconocimiento de sindicatos, protección del trabajo de menores y mujeres. Estuvo en la cárcel con toda la legislatura rebelde a Huerta. Apoyó el movimiento de Carranza y fue su ministro de instrucción pública y bellas artes del 26 de agosto de 1914 al 26 de septiembre de 1916, cuando renunció para fundar *El Universal*, el 1° de octubre. En su carta de renuncia habla de separarse para servir mejor a la causa, "en una acción política de más inmediata responsabilidad personal", "pudiendo asegurarle que continuó al servicio político de usted". Y en el editorial del primer número habla de ser "adicto a los más radicales principios revolucionarios", pero de quererlos consolidados "en el orden legal. Para colaborar en la obra reconstructora se necesita prensa amiga, pero prensa libre; a medida que la organización política se completa, la prensa libre urge. (...) El programa de *El Universal* es el programa de la Revolución. Mi pluma es amiga, pero no esclava."

Se diría que el proyecto de Palavicini era reemplazar *El Imparcial*, el primer gran diario industrial de México, fundado veinte años antes en 1896, por Rafael Reyes Spíndola. Este había fundado un previo *El Universal* (que luego vendió), en el cual había introducido la novedad de poner noticias en primera plana, en vez de sermones doctrinarios. Las innovaciones para el gran público continuaron en *El Imparcial*, que llegó a tirar 90,000 ejemplares (que no los tiran actualmente la mayor parte de los diarios de la ciudad de México) y que tuvo la bendición y los subsidios de Porfirio Díaz. Al triunfo de Madero, *El Imparcial* dejó de ser gobiernista: se volvió de oposición; y, aunque el gobierno lo compró (literalmente), mantuvo su línea. Pero Carranza fue menos tolerante que Madero: lo suprimió y usó las instalaciones para editar *El Liberal*, *Órgano de la Revolución Constitucionalista*, con los aburridos resultados de esperarse en un órgano oficial. O sea que el campo estaba libre para un gran periodista que simpatizara con el gobierno, pero buscara ante todo el gran público, y así su propia base de poder.

Así arrancó *El Universal*, y si ahora nos sorprende que unos cuantos meses después organizara una campaña contra una oposición presidencial, es porque ya no existe el espíritu parlamentario de aquellos años.

Nada menos que el presidente del senado (nada menos que el general Rafael Cepeda, el gobernador de San Luis, tan atacado por López Velarde), que combatió a las órdenes de Madero y luego de Carranza, se declaró en contra de la política de Carranza: "Yo creo que debemos olvidarnos de los recientes acontecimientos tenidos con los Estados Unidos [la expedición punitiva, la ocupación de Veracruz], y pensar seriamente que la salvación de nuestro país depende exclusivamente de unírnos a los aliados." ¡Increíble! Un presidente del senado que se atreve a contrariar al Señor Presidente. Un senado cuyas curules no son eco reiterativo de la silla presidencial.

Cepeda fue constituyente y, como se sabe, el congreso que dio origen a la constitución de 1917, fue realmente parlamentario: la realización simbólica de lo que no pudo ser la Suprema Convención revolucionaria (también convocada por Carranza), que fue una especie de congreso armado, con las consecuencias previsibles.

Palavicini también fue miembro del congreso de 1917, lo cual parece decisivo para su renuncia como ministro, presentada días después de la convocatoria a elección de constituyentes, que ganó en el quinto distrito (contra dos militares, uno de ellos oficial mayor de la secretaría de guerra y marina). No porque la renuncia fuera necesaria para presentar su candidatura, sino porque deja la impresión de que quería actuar por su cuenta; de que realmente creía en las vías parlamentarias, en las cuales situaba la prensa. Alguna vez (11 VII 17), su propio periódico lo presentó en estos términos: "El ingeniero Palavicini fue Ministro de Instrucción Pública en el gabinete revolucionario de don Venustiano Carranza, durante el período preconstitucional; fue más tarde miembro del Congreso Constituyente de Querétaro y, al fundar su gran diario, ha encabezado una organización política civilista que ha tenido el valor de enfrentarse con el naciente militarismo en la última contienda civil de México." Esa "organización política civilista" era *El Universal*.

En esa presentación está la clave de la encuesta respondida por López Velarde: Palavicini se veía como una especie de ministro de instrucción pública y bellas artes por su cuenta, en las páginas de *El Universal*; como una especie de constituyente de la sociedad civil frente a la militar. Había que estar contra el militarismo alemán, contra la tentación de una alianza germanomexicana que consolidara el incipiente militarismo mexicano. Había que estar, como dijo López Velarde, contra el "proyecto de convertir el misterio de cada hombre en un alma recluta, aséptica, patentada, registrada y homicida."

El civilismo de Palavicini, su militancia por una sociedad abierta, su fe en la imprenta y en la vida pública, se manifestó de muchas maneras. *El Universal* puso su rotativa a la vista del público, para que verificara el tiraje, cosa que nunca se había hecho, ni se ha vuelto a hacer. Al día siguiente de salir, anunció 63,000 ejemplares. También puso a la vista los cables de todo el mundo, que entonces eran un servicio desconocido y costosísimo, para que se verificara el

contenido. Otra novedad fue convertir el diario en un órgano de difusión cultural, en el cual colaboraban constantemente distinguidos escritores de México y el extranjero. (La encuesta fue precedida por una plana del 9 de junio, encabezada a ocho columnas por un artículo de Leopoldo Lugones: "La neutralidad imposible".) Hubo también planas temáticas: el martes de los obreros, el miércoles deportivo, los jueves femeniles, los sábados universitarios. (Esta última, a cargo de Daniel Cosío Villegas, que empieza a colaborar con Palavicini a los 19 años, en 1917: el año en que se le ocurre ¿por casualidad? estudiar como Palavicini para ingeniero topógrafo.)

No andaba descaminado Rubén M. Campos, en su columna dominical, cuando comparó *El Universal* con *El Renacimiento*: "Al triunfo de la república en 1867, Altamirano inició un renacimiento literario que produjo una literatura nueva para aquel tiempo y para aquel medio. Nuestro renacimiento es impersonal. Lo inicia un diario abriendo sus páginas a toda producción mexicana, con tal que sea bella." (5 VII 17).

Aunque Palavicini tuvo un éxito rotundo, no pudo pagar las letras de la rotativa, que había comprado a crédito, y antes de un año tuvo que vender la empresa a Miguel Lanz Duret. Diez años después (1927), fundó la revista *El Pensamiento*, cuyos artículos le valieron el destierro a La Habana. De 1938 a 1942 fue embajador en Argentina. Fundó también *El Universal Ilustrado*, *El Universal Gráfico*, *Todo*, *El Día* (no el actual). Escribió también *Diez civiles notables de nuestra historia*, *Los diputados*, *El congreso constituyente*, *Historia de la constitución de 1917*, *La democracia victoriosa*, *Pro-Patria*, *Problemas de educación*, *La patria por la escuela*, *Grandes de México*, *La estética de la tragedia mexicana*, *Lo que vi*, *Mi vida revolucionaria*, *Palabras exotéricas*, *Epistolario de amor*, y las novelas *Los irredentos*, *Castigo*. Dirigió la obra *México. Historia de su evolución constructiva*. Fundó, con otros, la Casa de Salud del Periodista.

3. UNA DECLARACIÓN DESCONOCIDA DE JULIO TORRI

Muchas otras declaraciones de la encuesta carecen de interés. Pero hay que reproducir cuando menos la de Torri, porque resulta divertido el mimetismo del entrevistador, que se las da de listo, construye párrafos de unas cuantas palabras y hasta una frase irónica torriana, que le sale bien ("Había un ambiente de frialdad"). También porque Reyes le da importancia, contraponiéndola a la de Caso: "Adviértase, en la opinión de Caso —francófilo de corazón, que alguna vez nos decía que en México se debiera alzar un monumento a la cultura francesa— ese primer movimiento de reserva propio del hombre acostumbrado a considerar el pro y el contra de las cuestiones. Y adviértase, en Torri, la decisión rápida y certera del artista que vive en contacto con las realidades inmediatas."

Estaba tomándose un vaso con nieve.

Entre la garrulería de meseras y clientes, me acerqué a su mesa. ...

Había un ambiente de frialdad.

Julio Torri, pausadamente, se llevaba la cucharilla a los labios y con fruición absorbía su contenido.

Torri es un literato dedicado a buscar en las fuentes de los clásicos. Recordamos sus conferencias sobre Cervantes y el Tánhüser.

Nos saludamos cordialmente.

—¿Gusta nieve?

—Muchas gracias. Dígame, ¿sería ventajoso para México el entrar a la guerra europea?

—Hombre, no le puedo contestar.

—¿Es usted aliadófilo?

—Ultra-aliadófilo.

—¿Usted quisiera que México fuera aliadófilo?

—Cuanto antes.

—...Y usted cree que México debe entrar a la guerra?

—Inmediatamente. Ahí está el caso de Grecia y los resultados de una política vacilante. Eso no nos conviene. Además el ingreso de México a la guerra está muy ligado con nuestra política que seguimos con los Estados Unidos. Nosotros, si queremos llevar una política hostil, debemos prepararnos para la guerra, lo cual no nos conviene por ningún motivo, o cuando menos, seguir una política digna, pero amistosa. Todas las razones de conveniencia están del lado de los aliados, aparte de las razones morales.

—¿Quiere usted mucho a Francia?

—Y a Bélgica, porque se encuentran a la cabeza de la raza latina.

De esta manera pude extraer sus declaraciones al literato Julio Torri, mientras se quedaba muy confiado con su vaso de nieve, creyendo que no me había dado cuenta de sus vehementes apreciaciones.

Así eran ya los periodistas: muy listos. Había llegado la modernidad del medio que mediatiza, del medio que es el verdadero mensaje, muy superior al entrevistado, con el cual se autorretrata al tú por tú, extrayéndole declaraciones que ni se imagina que está haciendo. Con un sentimiento de poder que se exhibe. Con titulares que sirven para dar el campanazo, y decir lo que quiere el periódico más que los entrevistados. Había llegado la prensa moderna, y había que pagar las letras de la rotativa, aumentando la circulación.

Las declaraciones de Torri tampoco están recogidas en el *Diálogo de los libros* compilado por Serge I. Zaitzeff, que reunió también la correspondencia con Reyes y Henríquez Ureña, en la cual no menciona la encuesta, pero se queja de Palavicini por algo que sucedió después. El 28 XII 17 le anuncia a Reyes que ha "comenzado a estudiar alemán. Xavier de Icaza y yo tomamos clase con una señorita cuarentona, con excelente nombre (Augusta von Wielchers) (...) Creo que antes de un año, leeré Goethe de corrido: la emoción me matará de seguro." Sin embargo, ya en 1917 aparece la traducción de *Hermann y Dorothea* de Goethe, por Torri, en la colección *Cvltvra*, que él mismo dirigía en la imprenta de Loera y Chávez, y en la cual publica también su traducción de *Las noches florentinas* de Heine, en 1918. En marzo de 1919, se queja amargamente con Henríquez Ureña de "muchos contratiempos. El último han sido unos ataques de Pala-

vicini, Rafael López y Villalpando, que me acusaron de recibir dinero alemán por traducir *Las noches florentinas*. ¿Lo creerás? Me he defendido como he podido, y en el fondo, como nos pasa a todos en estos casos, he pensado en emigrar”.

La cosa llegó a que Torri tuvo que dejar las ediciones, como le dice en carta posterior (16 VII 19): “Como me he apartado de Loera, a causa de su cobardía cuando Palavicini y Rafael López (terribles víboras) me injuriaron por haber publicado *Las noches florentinas*”...

Es decir, Palavicini trabaja por la cultura y el civilismo, contra el imperialismo alemán, y recibe la acusación de vendido al imperialismo yanqui. A su vez, Torri trabaja por la cultura y el civilismo, traduce a los clásicos, se declara “ultra-aliadófilo”, en contra del imperialismo alemán, y es acusado por Palavicini de vendido al imperialismo alemán. En aquel México de los generales, los cultos y civiles (Ramón López Velarde, Alfonso Reyes, Julio Torri, Félix F. Palavicini, Rafael López) continuaban, por otros medios, su propia guerra civil.

4. HILO SUELTO

Manuel Aguirre Berlanga fue secretario de gobernación de Carranza del primero de mayo de 1917 hasta el desastre (21 de mayo de 1920). López Velarde trabajó con Aguirre Berlanga hasta el fin, pero ¿desde cuándo? ¿Antes o después de la declaración (20 de junio de 1917)? Para aclararlo, se me ocurrió buscar el expediente en Gobernación, y hablando de esto con Porfirio Martínez Peñaloza resultó (¡qué pequeño es el mundo!) que su hermana lo había visto. Pero ahí terminó mi buena suerte.

En 1971, trabajando en un proyecto de la Secretaría de Relaciones Exteriores, la investigadora María Martínez Peñaloza encontró en los archivos de la

Secretaría de Gobernación el nombramiento de López Velarde. Por razones intersecretariales, el personal de Gobernación no le permitió retener ni copiar el documento. Supuestamente, subiría toda la escala jerárquica hasta llegar al mismísimo secretario, que lo entregaría a su contraparte en Relaciones. Pero, evidentemente, se perdió en el camino (tal vez de core hoy, como un trofeo, algún muro o vitrina). Mario Moya Palencia, que recuerda con toda claridad lo que hizo como secretario de gobernación para celebrar el cincuentenario de López Velarde, nunca supo del hallazgo. Me habló, por cierto, de una interesantísima entrevista de la Hora Nacional a la secretaria de Aguirre Berlanga, que también atendía a López Velarde (el cual ocupaba una sala de juntas, cuando no había juntas, muy cerca del ministro). Lo busqué inútilmente: todas las grabaciones de 1971 fueron borradas, como tantas otras cosas de la memoria nacional.

María Martínez Peñaloza me dice que el nombramiento (como era común, antes de que existiera formalmente el puesto de asesor) era infimo: sin correspondencia con la realidad. No recuerda la fecha.

Queda, pues, un hilo suelto para acabar de entender esta declaración desconocida de López Velarde. Si la hizo ya estando en Gobernación, qué sorprendente: o fue un error que le perdonaron o Carranza se daba el lujo de tener hasta en Gobernación disidencias públicas a su política neutralista. Si la hizo poco antes de entrar a Gobernación, qué incómodo: parecería que Aguirre Berlanga, su compañero de Leyes y de pensión estudiantil en San Luis, se hubiera acordado de él simplemente por la declaración. Pero es probable (por simple longitud de los tramos de tiempo) que el nombramiento fuera posterior y desligado de una declaración que pronto se olvidó, como tantos campanazos periodísticos.

